

Tras 35 años de la expropiación, sólo 200 habitantes siguen viviendo en el espacio rural

Los 'supervivientes' de Gallecs

Xavier Solanas



Isidre Molist muestra una alcachofa muerta por la helada bajo el recuperado molino de Can Blanc.

Xavier Solanas



Miquel Roca ante su casa, la masia de Ca l'Ermità, donde se dice que vivió el párroco de la ermita de Santa Maria.

JAUME RIBELL

Tras 35 años de lucha ciudadana, parece ser que por fin se ha conseguido salvar Gallecs, uno de los pulmones verdes de la comarca que a principios de los años 70 se quiso convertir en una ciudad dormitorio de 130.000 habitantes. Tras diversas tiras y aflojas, los siete ayuntamientos con parte de su término municipal en Gallecs (Mollet, Parets, Lliçà de Vall, Palau-Solità i Plegamans, Polinyà, Santa Perpètua de Mogoda y Montcada i Reixac), consiguieron consensuar un documento que ha acabado convirtiéndose, tras el acuerdo con la Generalitat, en el nuevo Plan Director de Gallecs. Un plan que pretende incluir el espacio en el Pla d'Espais d'Interès Natural (PEIN), salvaguardándolo de posibles nuevas edificaciones y fomentando sus usos rurales, agrícolas y medioambientales.

El pasado domingo, esta noticia fue elegida como la noticia del año en los Premios de la Comunicación de Mollet. No hay para menos: han sido tres décadas y media de luchas para evitar que Gallecs dejara de ser lo que siempre ha sido. Por ello hemos hablado con algunos de los payeses que han vivido este proceso en primera persona.

ÉXODO MASIVO

"Yo nací aquí", dice **Isidre Molist**, señalando el lugar donde hoy se encuentra la agrobotiga de Gallecs. Allí se levantaba la masia de Can Blanc, de la que hoy sólo queda en pie una parte en la que vive precisamente su primo hermano, **Josep Molist**. "La otra parte tenía más de 1.000 años. Sufrió 3 ó 4 incendios durante diversas guerras y seguía en pie. Y con la expropiación se fue todo al suelo", recuerda con

nostalgia y con un deje de resignación en la mirada. "Éramos tres hermanos, cada uno con su tractor y su cosechadora. Y cuando nos expropiaron, tuvimos que marcharnos los tres", afirma. Fue lo que hicieron la gran mayoría de los afectados por la expropiación: irse a otras poblaciones.

Lo mismo le ocurrió a **Miquel Roca**, de Ca l'Ermità. Una masia que coge su nombre del hecho de que, supuestamente, esa fue la casa del antiguo párroco de la ermita de Santa Maria de Gallecs. "Imaginate si tiene años la casa", apunta. Y para ratificarlo, me enseña una de las paredes interiores de la misma: "Fíjate: esto no es ni ladrillo ni piedra: son piezas de arcilla cocida". Roca nació en esa casa, y desde bien pequeño cogía el tractor para labrar los campos de su

padre. Hasta que llegó la expropiación y, "en vista del porvenir que me esperaba, me fui. Decían que lo arrasarían todo en cuatro días, por lo que la mayoría se fueron muy rápido con la indemnización que nos dieron". Una indemnización que en su caso, como él mismo afirma, no fue ni mucho menos justa: "Para que te hagas una idea de cómo funcionaban las cosas entonces", me dice, "te diré que llevábamos años queriendo hacer una casa nueva y no nos daban los permisos. Hasta que de pronto, sin motivo aparente, nos los dieron todos. E hicimos la casa nueva", explica. Cuál fue su sorpresa cuando, estando la casa ya acabada, a punto para estrenar, les llega la noticia de la expropiación. Resultado: se quedaron la antigua masia, la casa nueva, todas las tierras de alrededor (cerca de 12

hectáreas) y otra hectárea que tenía la familia en Palau. "Pues por todo esto, nos dieron un dinero que no les llegó a mis padres para hacerse una casa nueva. O sea, una miseria", denuncia. Ante ese panorama, decidió irse a trabajar a una empresa. Y echando la vista atrás, aún recuerda cómo algunos de los payeses "recibían a los que venían a tomar medidas de las casas ofreciéndoles vino. Si lo llegan a saber, los hubieran recibido con jarabe de bastón".

ANTENAS PARARRAYOS

Ahora todo eso parece que por fin ha pasado a formar parte definitivamente del pasado. Y ese 'todo' incluye también elementos que forman parte del paisaje de Gallecs desde hace décadas pero que son incompatibles con los futuros usos exclusivamente agrícolas y medioambientales del espacio, como son las antenas de telecomunicaciones y el aeroclub de aeromodelismo. Hace unas semanas, ya informábamos de las quejas de los miembros del aeroclub, que mostraban su preocupación al ver que en el nuevo mapa de Gallecs no aparecía tal equipamiento. Un punto que ha quedado ratificado recientemente, cuando en un pleno extraordinario dedicado a debatir las alegaciones al Plan Director, se reiteró la voluntad de todos los grupos consistoriales de que esa actividad desapareciera.

Igual que desaparecerán las dos grandes antenas de radio: la de Radio Nacional de España y la de Radio Sabadell (hoy dentro de la red de la cadena COPE). En este caso, más por una razón de contaminación paisajística que por otra cosa. "Vamos, no creo que sea por las ondas que emiten, porque sino ya haría años que estaríamos todos fritos", se ríe Roca. Y es que Ca l'Ermità se encuentra a escasos metros del repetidor de RNE, el que pusieron primero: "Fue antes de la ex-

Más de 1.100 años de historia

Oficialmente, Gallecs tiene 1100 años de historia, siempre dedicados a la actividad agrícola. Así lo constata el primer documento donde sale citado el espacio, que no es otro que el acta de consagración de la parroquia de Sant Esteve de Parets, que data del año 904. Sin embargo, en la ermita románica de Santa Maria de Gallecs se han encontrado vestigios paleocristianos, como son los restos de unos mosaicos que datan del siglo IV d. C. Más tarde, en el año 1008, encontramos la primera referencia a la citada ermita, aunque no se habla de la parroquia de Gallecs hasta 1089, dato conocido gracias a los archivos del monasterio de Sant Cugat. Así podemos saber también que en el siglo X, en Gallecs ya se cultivaban cereales, viña, productos de la huerta e incluso árboles frutales.

En 1835, los pueblos de Gallecs, Mollet y Parets se unieron en un solo municipio, cuyo consejo se reunía debajo de los robles que había cerca de la masia de Can Ros. Los tres compartieron término durante 450 años, hasta que a mediados del siglo XIX cada cual creó su propio ayuntamiento. **Isidre Molist**, aún guarda un libro de esa época encontrado en su masia, la de Can Blanc, donde se explica, entre otras curiosidades, los 'precios' de mercado del año 1820, cuando cada pollo aún equivalía a una cantidad determinada de kilos de cereal.